

A SANTO TOMAS MORO

Amigo Tomás Moro, Canciller de Inglaterra,
que amabas los jardines, los libros y la risa,
que con vigor latino y ligereza griega
uniste el buen humor a la sabiduría,

te imagino en la Corte -oros y terciopelos-
amigo de los reyes Enrique y Catalina;
pero también, sentado entre buenos labriegos,
bromeando en la soleada taberna pueblerina.

Tardes en el silencio de la vasta biblioteca,
noches en la capilla, rodeado de tus hijos,
apacible perfume de mansión solariega
y, al amor de la lumbre, la charla con amigos.

Aceptaste la muerte sin temor ni jactancia.
"Muero en la fe católica y por ello, con gozo".
En tu humildad tan digno, sin fingida arrogancia
mostraste que confiar en el hombre es riesgoso.

Y me parece verte, servidor bueno y fiel,
diciéndole al verdugo con tu última sonrisa:
"Ayúdame a subir, que yo bajaré solo."
Ya te velan las alas del Arcángel Miguel,
y -sin perder un ápice de tu alegre firmeza-
te levantas al cielo en la llovizna inglesa.

Dra. María Celia Velasco Blanco.